

2020

Una historia y un ensayo: aproximación a la voz de las mujeres en la escritura

Ruth Marina Mendivelso Mendivelso
Universidad De La Salle, Bogotá, rmendivelso02@unisalle.edu.co

Follow this and additional works at: https://ciencia.lasalle.edu.co/filosofia_letras

Citación recomendada

Mendivelso Mendivelso, R. M. (2020). Una historia y un ensayo: aproximación a la voz de las mujeres en la escritura. Retrieved from https://ciencia.lasalle.edu.co/filosofia_letras/684

This Trabajo de grado - Pregrado is brought to you for free and open access by the Departamento de Filosofía, Arte y Letras at Ciencia Unisalle. It has been accepted for inclusion in Filosofía y Letras by an authorized administrator of Ciencia Unisalle. For more information, please contact ciencia@lasalle.edu.co.

UNA HISTORIA Y UN ENSAYO: APROXIMACIÓN A LA VOZ DE LAS MUJERES EN LA
ESCRITURA

A story and an essay: An approach to the voice of the women in writing

Ruth Marina Mendivelso Mendivelso

Trabajo de grado dirigido por:

Doctora Alejandra Olarte Fernández



Facultad de Filosofía y Humanidades

Programa de Filosofía y Letras

Bogotá, Colombia, 2020

Agradecimientos

Al universo, a Dios, a la vida que confabularon para que mis pasos llegaran a la filosofía y la literatura.

A mi abuelita Bárbara, quien me enseñó a perseverar en *los estudios*. A mi mamá Natividad y mi papá Bayardo, quienes me han acompañado con sus silencios y plegarias.

A Clara y Zulma, mis hermanas, que son también mis amigas y cómplices; quienes han sido infinitamente pacientes al leerme con bondad, además de ser inspiración y compañeras en todos los caminos. A Marco, mi hermano por su compañía e incondicionalidad.

A Celeste y Santi, que me permiten reconocer el amor y la esperanza en la vida.

A todos los profesores que me acompañaron en este aprendizaje, especialmente a:

Hernando Estévez que con su ejemplo me enseñó a amar la filosofía y hacerla parte imprescindible de mi existir.

Lida Villa, mi gran maestra de literatura, le adeudo las mejores y más apasionantes clases.

Ariel Camilo González, por su implacable rigurosidad para corregir mi escritura.

Emilse Galvis, por su confianza y aliento para continuar y concluir este proyecto.

Alejandra Olarte, que sin conocerme en las aulas, asumió ser mi tutora y me condujo al encuentro con magníficas autoras permitiendo que este texto tuviera una contundente voz desde la escritura de las mujeres.

Y a todos los amigos generosos en el afecto, especialmente a María E, que con tanto cariño y firmeza en sus palabras me anima cada vez que siento rendirme.

Para
Bárbara, Natividad, Zulma, Clara, Celeste y Santi
que son parte de mi espíritu y, con seguridad, hacen más amable al mundo.

Contenido

Introducción	5
I. ¿por qué escribir?	7
II. La voz femenina en la narrativa	15
III. Relato: Nacimiento	27
Epílogo	42
Referencias	44

Introducción

El nombre y los argumentos de este texto tienen como propósito establecer un diálogo entre dos textualidades: la narrativa ficcional y la crítica alrededor de la escritura enfatizando en la escritura de las mujeres. Es decir, por medio de una creación artística, un relato de mi autoría titulado “Nacimiento” y la argumentación teórica desde un ensayo en torno a la escritura y la narrativa propongo establecer un espacio en el que se encuentren las dos exploraciones mencionadas.

Mi hipótesis de trabajo está planteada considerando que al propiciar ese diálogo logre alcances analíticos en dos horizontes, por un lado, desde el punto de vista de quien esté interesado en el texto literario y por otro quien indague por el texto crítico respecto a la narración y la escritura.

El ensayo está argumentado en dos ejes: la escritura y la voz de las mujeres en la narrativa. En el primer tema hago referencia a la pregunta ¿por qué escribir? En un recorrido por varios filósofos y escritores como María Zambrano, Albert Camus, Orhan Pamuk, por nombrar algunos, doy cuenta de la pregunta y las razones, necesidades y condiciones que el sujeto escritor debe involucrar al momento de realizar una obra creativa.

En el segundo tema, valiéndome de las voces de las escritoras Virginia Woolf, Adrienne Rich y Nelly Richard establezco un recorrido por la narrativa de mujeres en tres momentos distintos del siglo XX, en el que tienen como norte común invitar a las mujeres a escribir como acto de rebeldía y reivindicación en el que prime la Palabra sin prejuicios o condicionamientos, apartándose del canon literario patriarcal. En este capítulo tengo la oportunidad de exponer mi experiencia narrativa al encontrar elementos en común con una obra de la autora Argentina María Teresa Andruetto.

El texto narrativo, escrito bajo la figura de narrador en tercera persona focalizado, cuenta la vida de Raquel, una mujer en estado de embarazo que se pregunta por su destino y el de la criatura en camino, pone en cuestión sus inseguridades y miedos a propósito de la realidad violenta del país en la época que se desarrollan los hechos.

Por medio del diálogo que propongo entre la narrativa y la crítica, busco contribuir a la discusión académica y literaria en torno a la escritura sobre todo a la que tiene que ver con las mujeres.

¿Por qué escribir?

En el colegio nos enseñan una breve historia sobre el origen de la escritura que va desde las pinturas en las cuevas de Altamira en España, pasando por los sumerios, los egipcios, los chinos, los griegos; nos cuentan superficialmente como poco a poco se fue perfeccionando la manera de dejar registro de los hechos importantes, de las batallas, de la vida de los reyes o las dinastías. Los maestros hacen notar, con justa razón, la invención de Gutenberg con su famosa máquina imprenta y como a partir de ella se avanzó a pasos agigantados en la difusión de textos escritos que permitieron divulgar el conocimiento y los sucesos con mayor facilidad y eficacia.

Hacer un recuento de cómo iniciaron todas las posibles formas para comunicarnos por medio de símbolos y caracteres sería importante. Presentar una historiografía sobre los orígenes de la escritura¹ y las varias formas de códigos escritos que existen, sin duda, sería un bello ejercicio para reconocernos en el lenguaje. Sin embargo, quisiera ahondar y dedicarme a otro lugar sustancial de la escritura, por lo tanto, el propósito de este capítulo es señalar los principales argumentos acerca de la pregunta que hace referencia al título, en ésta se hallan varias consideraciones que explicaré en el orden que aparecen.

Un primer argumento es que existe una necesidad para algunos hombres y mujeres de escribir literatura y de esa manera expresar su sentir y habitar la vida. En ese habitar se identifica la soledad como *recogimiento* y, en segundo lugar, la manifestación de una dialéctica personal que exige consignar en un texto que interpreta la cotidianidad y el sentir del territorio; la admiración por el

¹ “En sentido amplio, escritura es todo sistema semiótico, visual y espacial; en sentido estricto, es un sistema gráfico de notación del lenguaje” (Todorov, 1976 p.228)

mundo y los misterios y emociones que lo rondan, sin dejar de lado su propio razonamiento y su historia personal con la que seguramente otros se podrían identificar.

La soledad entendida como *recogimiento* plantea un objetivo dentro del que se halla el escribir, se hace necesaria para el sujeto que se empeña en transformar por medio de la escritura un entorno o realidad desde la búsqueda y aprendizaje propios. Blanchot ejemplifica la soledad del escritor con una cita de Rilke en un apartado de la correspondencia del último así: “Salvo dos cortas interrupciones, hace semanas que no pronuncio una sola palabra; al fin mi soledad se cierra y estoy en el trabajo como el corozo en el fruto” (Rilke, 1929, como se citó en Blanchot, 2002). Se refieren tanto Rilke como Blanchot a una soledad que tiene un destino, siendo éste el de explorar introspectivamente a fin de generar una independencia de la opinión o el deseo de quienes rodean a quien pretende escribir. Lo anterior, se contrapone al sentimiento de soledad como abandono, al sentirse solo o rechazado por el contexto con que se relaciona cada individuo. Los autores llegan al mismo punto y es que la soledad para el escritor es una decisión autónoma que procura una búsqueda a razón de las preocupaciones que lo interpelan y no una condición impuesta por la sociedad. Esta distinción es fundamental a la hora de entender los siguientes párrafos y de no interpretar de manera fútil la idea de la soledad para este texto.

Hay una correlación con el planteamiento anterior y la pregunta común para quienes se dedican o quieren dedicarse a la escritura, *¿por qué se escribe?* dice María Zambrano (1950) y nos muestra una de las principales razones de dicho oficio en un diálogo entre la soledad y la escritura “escribir es defender la soledad en que se está; es una acción que solo brota desde un aislamiento efectivo, pero desde un aislamiento comunicable... el escritor define su soledad, mostrando lo que en ella y únicamente en ella, encuentra” (2005, p.35) se halla en esta tesis el eje y columna vertebral del sujeto escritor, el tomar distancia del exterior, del ruido generalizado de la sociedad y su entorno

para sentarse frente a un papel en blanco y esforzarse por hacer lectura y dar cuenta del mundo pero desde su propia voz; por supuesto y necesariamente, luego de pasar por el cedazo de la experiencia –las conversaciones, las lecturas, el contexto, las costumbres, etc– y proporcionar sentido, función y significado a las palabras “partiendo del centro de nuestro ser en recogimiento” (Zambrano, 1950), desde esa soledad y manera de sentir propias de cada sujeto.

En ese sentido me pregunto ¿Acaso el ejercicio de la escritura conlleva de manera inherente el estado de soledad?

La soledad va de la mano con escribir, así: “La soledad de la escritura es una soledad sin la que el escribir no se produce” (Duras, 1993, p. 16). En ese caso, este desplazamiento dispone y genera no solo un aislamiento físico, sino que implica un manejo distinto de las palabras que se agotan y se cansan en el habla cotidiana, el sujeto escritor toma esas mismas palabras para comunicar y para “salvar a las palabras de su momentaneidad, de su ser transitorio, y conducir las en nuestra reconciliación hacia lo perdurable es el oficio del que escribe” (Zambrano, 1950). Es decir, ese nuevo orden que se le da a las palabras pensadas de manera sosegada, en una armonía para transmitir, hace que se construya una estética diferente en el texto escrito con las mismas palabras que se utilizan en el afán del diálogo rutinario. De esta manera, quien escribe logra una doble función para sí, por un lado, escapa de la inmediatez del mundo y a su vez proporciona un nuevo universo de palabras ordenado desde una perspectiva distinta.

Para entender mejor los postulados anteriores revisemos un fragmento del siguiente poema de Darío Jaramillo Agudelo titulado “Primero está la soledad”:

Primero está la soledad.

En las entrañas y en el centro del alma:

ésta es la esencia, el dato básico, la única certeza;

que solamente tu respiración te acompaña,

que siempre bailarás con tu sombra,

que esa tiniebla eres tú. [...] (Jaramillo, 2013, p. 22).

Los versos de Jaramillo dan cuenta en doble vía de las proposiciones planteadas arriba, en primer lugar, nos recuerda de una manera honesta uno de los fundamentos a la hora de escribir: la soledad; en segundo lugar, nos deja ver cómo el ordenamiento de las palabras empleadas a diario por las personas al meditarlas y reposarlas genera un revelamiento cargado de nuevas emociones para quien lo escribe y quien lo lee. Ese nuevo tejido de palabras también permite que, de alguna manera, se comprenda mejor lo que hablamos, lo que leemos y se amplíe más el horizonte del lenguaje. Bien, dejo de lado el tema de la soledad para considerar un segundo elemento esencial: la dialéctica personal.

En *El mito de Sísifo* Camus (1985) titula un capítulo “filosofía y novela” en el cual hace una consideración respecto a la obra de arte y nos deja ver el trabajo que debe hacer el artista, para este caso el escritor, a la hora de imaginar una pieza artística, por eso nos dice “Pensar es, ante todo, querer crear un mundo (o limitar el propio, lo que equivale a lo mismo). Es partir del desacuerdo fundamental que separa al hombre de su experiencia para encontrar un terreno de armonía...” (p. 50). Se entiende que obligatoriamente el sujeto escritor debe pasar por un proceso de dialéctica personal en la que es imprescindible preguntarse, debatir, escudriñar, pelear consigo mismo y sus ideas, buscar elementos en sus escenarios cercanos y a su vez abandonar prejuicios y condicionamientos en los que considero se encuentra el fundamento y pulsión del pensamiento para hallar la posibilidad creativa en el acto de escribir. Si el sujeto escritor no hace este ejercicio

no podrá encontrar las herramientas que le permitirán crear un nuevo universo en su relato, con personajes, ciudades, épocas y situaciones ya sea de su propia experiencia o diferentes a ésta, es ahí donde toma distancia y se separa del mundo, “el desacuerdo fundamental” del que nos habla Camus (1985).

Camus (1985) habla de un universo nuevo creado por el artista, aquí el lector podría preguntarse ¿para qué la creación de un universo nuevo? ¿cuál es su propósito y qué tiene que ver con el por qué escribir? Creo que la respuesta está implícita en el mismo fragmento de la cita arriba; se trata de pensar, no sé puede escapar de una actividad propia de los sujetos. En el pensar está la pregunta por lo desconocido, la duda, la certeza de que ignoramos fenómenos que hay en el mundo de afuera pero también en el íntimo, en esa continua dialéctica personal en la que debería haber un “perpetuo, «no lo sé»” (Szyborska, 1996). De ese entramado de tensiones y dudas surgen nuevos universos en el pensamiento, es inevitable que la mente del sujeto artista y más enfáticamente el escritor no intente dejar registro en un texto de los múltiples pensamientos que lo asaltan, en palabras de Pamuk (2007):

Ser escritor, es descubrir, luchando pacientemente durante años, la segunda persona que se esconde en el interior de uno y el universo que convierte a esa persona en lo que es. Y cuando me refiero a la escritura lo primero que se me viene a la mente [...] es alguien encerrado en una habitación y sentado a una mesa que se vuelve sobre sí mismo a solas y gracias a eso forja con palabras un nuevo mundo. (p15)

La consecuencia, el efecto que conlleva el volverse sobre sí mismo, el estar inmerso en una dialéctica personal vendría a ser la respuesta a la primera pregunta planteada dentro de este apartado y es que el resultado será forjar con palabras la creación de un nuevo universo, es decir, en la búsqueda de esas respuestas a los fenómenos exteriores e internos se termina por crear un

nuevo universo. Se entendería, entonces que es una condición obligada que está dentro del *pensar* y la cual siempre lleva a una fuerza creadora.

Ahora bien, lo dicho previamente nos conduce a encontrar la ruta para llegar a la pregunta sobre ¿cuál es el propósito de escribir? En esta se encuentra otro eslabón de este texto. Recordemos, el primero es *la soledad como recogimiento*, el segundo *la dialéctica personal*. Me dispongo ahora a abordar el tercer eslabón: *la admiración por el mundo y los misterios y emociones que lo rondan*, para lo cual me valdré de la pregunta sugerida en este apartado.

Percibo la interrogación anterior en dos escenarios. Por un lado, dirá Pamuk (2007): “Creo que la literatura es la experiencia más valiosa que el ser humano ha creado para comprenderse a sí mismo” (p, 32). Por otro lado, la admiración sobre el mundo y los misterios que lo rondan. Me detengo en la primera premisa. De acuerdo con la afirmación que hace Pamuk, podría deducirse que uno de los propósitos de escribir es ahondar en esa búsqueda íntima, en descifrar y escrutar en el espíritu humano partiendo de entender que moramos en la ignorancia, en reconocer que son pocos los elementos científicos y tangibles para comprender qué nos hace sentir o percibir y reaccionar de diferentes formas frente a lo histórico, lo cotidiano, el contexto en el que nos tocó nacer o en el que elegimos habitar, siempre hay preguntas por resolver, ya sea de afuera o de nosotros mismos, principalmente de nosotros mismos. Así el sujeto escritor al sentirse ignorante del mundo empieza su búsqueda, ésta provoca un pensamiento que su vez problematiza las ideas, los acontecimientos para poder manifestar, contar, hablar o acercarse en algo a lo que nos dice Pamuk y es que la literatura abre nuevos derroteros. Ese esfuerzo del escritor por pensar, reinterpretar, resignificar, nos ayuda un poco a comprendernos a nosotros mismos y no sentir la orfandad del mundo sin antes permitirnos haberlo contemplado.

Doy paso a la segunda premisa: la admiración sobre el mundo y los misterios que lo rondan. La filosofía, el pensamiento, y contenido en éste la literatura, tiene como principio para el encuentro con el conocimiento la admiración, que conduce a la pregunta y luego a la búsqueda de la respuesta. Hago uso de las palabras de Aristóteles (s.f./1975):

“Pues los hombres comienzan y comenzaron siempre a filosofar movidos por la admiración; al principio, admirados ante los fenómenos sorprendentes más comunes; luego, avanzando poco a poco y planteándose problemas mayores, como los cambios de la luna y los relativos al sol y a las estrellas, y la generación del universo. [...]” (p.4)

Es propio de los sujetos asombrarse, averiguar. Las palabras de Aristóteles son contundentes para abrazar la intención de este texto y la pregunta que lo suscitó *¿por qué escribir?* Se escribe entonces por el asombro, al menos es una de las razones, es decir, si los primeros sujetos que habitaron la tierra acudieron a sus facultades para hacerse preguntas ante los fenómenos naturales más inmediatos, nosotros miles de años después conservamos la misma intención inquisitiva, es un principio del pensamiento inherente al sujeto escritor, que sin duda nos ha llevado por diversos caminos para narrarnos y en los que intentamos dar a la admiración generada por el universo un espacio explicativo, así nos valemos de la escritura para compartir con los demás los pequeños o grandes hallazgos que hagamos respecto a ese asombro.

Pues bien, he convocado en este texto a Aristóteles hablando de la admiración y el preguntarse como esencia del pensamiento, a María Zambrano y su tesis sobre la soledad como recogimiento, al «no lo sé» de Szymborska, a Pamuk y su búsqueda por el encuentro con el universo interno de uno mismo. Importantes pensadores y actores de la Palabra reunidos para encontrar las razones al oficio de escribir, al deseo de tejer palabras y oraciones que claramente me han iluminado, por lo mismo considero que esos elementos o características para escribir que plantean los autores

nombrados implican otros factores cotidianos que determinan no solo el carácter de los textos sino al propio escritor, por eso pienso que escribir también es escapar de ciertos escenarios, como el miedo, la frustración, es el medio para hacer una versión distinta que mejore o empeore el panorama, la realidad que está en constante fractura, crisis y desarmonía. En ocasiones, se escribe también para rescatar en alguna medida lo poco que haya de humanidad o quizás también para destruirlo todo y reacomodarlo y como sujeto creador dar nuevas vidas, otras posibilidades de un nuevo orden en el que tal vez algunos se sientan cómodos. Se escribe porque se está insatisfecho y ofuscado con el sinnúmero de situaciones infames, brutales e injustas, pero también se escribe porque se está alegre, triste, ilusionado, derrotado. Se escribe sobre el dolor y sobre lo bello. Se escribe con la pretensión de encontrar la manera de asirse y habitar la vida desde la Palabra.

Finalmente, no quiero cerrar este capítulo sin decir lo que ha significado para mí escribir, esa palabra compuesta por ocho caracteres se ha convertido en mi cercanía con el mundo, la manera de entenderlo y la posibilidad de hilar algunas ideas que ustedes ahora escucharán o leerán en mi relato “Nacimiento”. Es la manera que encontré para, como lo dije al principio, habitar la suerte que tengo como realidad. Ahora bien, luego de intentar ilustrar o tratar de entender ¿por qué se escribe? me queda abierta una inquietud más contundente ¿por qué deberían escribir las mujeres?

La voz femenina en la narrativa.

Hace poco uno de mis estudiantes de prekínder con cuatro años, me preguntaba si le iba a leer otra vez un cuento para niñas, mi reacción fue tratar de explicarle que los cuentos o las historias no se escriben particularmente para chicos o para chicas.

La pregunta del niño me llevó a pensar en la categorización que desde temprana edad establece el canon escolar en los lectores a partir del género, y de si hay una selección de literatura para hombres, otra para mujeres y si ésta obedece al sexo de quien escribió el texto. El hecho anterior me condujo a la búsqueda que tiene como objeto este capítulo no siendo otro que rastrear si hay una narrativa femenina. Más concretamente ¿la voz narrativa de la mujer difiere de la de los hombres en la escritura?

Considerando que es un terreno de investigación muy amplio me centraré solamente en dos ejes, el primero tiene que ver con la *escritura*, entendida como “la exploración de una verdad estética personal” (Andruetto, 2018, p.67) - la cual ha sido condicionada por la hegemónica evaluación y mirada patriarcal-; quiero decir que existe un canon literario instaurado solo desde la perspectiva masculina, por eso señalaré como desde espacios temporales y sociales distintos de tres autoras, Virginia Woolf (1882-1941) en *Una Habitación Propia* (1929), Adrienne Rich en *Sobre mentiras secretos y silencios*(1983) y Nelly Richard (1948) en *Maculino/ Femenino: prácticas de la diferencia y la cultura democrática* (1993) han coincidido en hacer una crítica y reclamo por un espacio equitativo en la literatura sin distinción de género.

En segundo lugar, ahondaré en un tema relacionado con lo que discutí en el primer capítulo acerca de la dialéctica personal en cuanto a la subjetividad y si en la misma hay una distinción entre

hombres y mujeres (masculinidad y feminidad) también si esa distinción tiene una influencia en la escritura de los textos tanto de unos como de otros.

Para comprender el recorrido que tiene este texto, empiezo por definir la voz en la narrativa. En los escritos literarios siempre se nos cuenta una historia; para que en la mente del lector aparezcan los personajes, lugares y situaciones, el sujeto creador, el que escribe utiliza una voz que cuenta o sea el narrador. Para Thomas Lyon (1972) el narrador es “una entidad creada y localizada entre el autor y el lector, establece el tono y determina los puntos de vista de una obra de arte [...] debe entenderse como una creación funcional de ese autor”. (p.59) Entonces la función del narrador, de la voz, es relatar todos los sucesos que aparecen ya sea en el cuento, en la novela, el ensayo, el poema, etc.

El narrador, nos plantea un universo nuevo en el que nos describe y transmite sentimientos, emociones, experiencias y visiones en general del mundo, desde una perspectiva particular. Sin embargo, ¿la voz narrativa de la mujer difiere de la de los hombres en la escritura? El acto de narrar durante mucho tiempo para las mujeres estuvo designado únicamente al habla, no había posibilidad de que escribieran; por una parte, la formación académica² era un escenario privilegiado para los hombres, por lo mismo eran ellos quienes accedían a la escritura y al conocimiento, estos condicionamientos empantanaron y ausentaron a las mujeres de la creación de posibles *universos* escritos. En contra del statu quo imperante para la escritura, algunas mujeres como Sor Juana Inés De La Cruz (1648) en el siglo XVII “solicitó con insistencia de sus padres que la enviaran a — Méjico a estudiar en la Universidad, disfrazada en traje masculino”. (Sánchez, 1895 p. 223) y Mary Ann Evans (1819) en Londres de 1800 utilizaba el nombre masculino *George*

² Entiéndase formación académica como los estudios en ciencias exactas, literatura, filosofía, etc

Eliot como estrategia para acceder a la escritura y sus creaciones, son solo un par de ejemplos de quienes podían o se arriesgaban a hacerlo.

Hubo entonces un impedimento por parte de la académica y las costumbres sociales para que las mujeres expusieran por escrito, en textos o libros sus pensamientos y manera de percibir sus entornos, sus emociones desde el sentir propio y poder expresar desde sus voces los anhelos e inquietudes acontecidos en cada época; al contrario, hemos sido narradas durante generaciones por los hombres; en los cuentos infantiles más icónicos, el protagonismo consistía en ser una mujer dócil y conformista a la cual un valiente príncipe rescataba o la mujer horrible que practicaba maleficios, a eso se reducen los primeros relatos y encuentros literarios para los más pequeños. En realidad, es escasa la literatura que opta por equilibrar la balanza entre un género y otro, por eso cuando las mujeres deciden reclamar un espacio en la escritura, genera rarezas y asombro en los hombres. Se supone que ellas, nosotras, debemos estar cómodas o seguir cumpliendo la función de permanecer en la esfera social y en la narración que la masculinidad patriarcal ha asignado.

Ante ese malestar, las mujeres escritoras manifestaron su inconformismo. Virginia Woolf inaugura en 1929 una protesta que lleva casi un siglo, en la cual se reclama e invita a las mujeres a buscar una independencia económica, para escribir y narrarse desde sus propios criterios tomando distancia de la mirada impuesta por el canon masculino. Valiéndose de la metáfora y un recorrido histórico por la escritura novelesca de las mujeres, de las luchas feministas y sus logros. Woolf, da cuenta de las formas en que las mujeres han tenido que sortear la posibilidad de hacerse a un lugar en las artes y en la académica procurando la equidad, aspirando a la anulación de categorización por género. Por eso la autora habla de la mente andrógina que tiene la facultad de transmitir “la emoción sin obstáculos; es creadora por naturaleza, incandescente e indivisa” (Woolf, 1967, p.71). La exhortación tiene una doble intención, por un lado, a que las mujeres tomen las riendas del

futuro y persistan en educarse, escribir y procurarse *Una habitación propia* en la que se honre la memoria de aquellas que lucharon por los derechos que hoy tenemos y por las “otras mujeres que no están aquí esta noche porque están lavando los platos y poniendo a los niños en la cama” (Woolf, 1967, p. 81) y por otro lado, a la apropiación de la palabra, del lenguaje en la escritura para dar cuenta de la fuerza creadora, rigurosa y lúcida de las mujeres opacada e ignorada en gran parte de las esferas académicas y sociales. Asimismo, hace un llamado a desligarse de los oficios tradicionales impuestos y dar paso a la praxis de los anhelos contenidos por generaciones para ocupar lugares en la intelectualidad, la política, la ciencia, etc y de esta manera asumir un papel acorde a la mente andrógina que narre, cree y construya desde esa hibridación (mente con características tanto femeninas como masculinas) demostrando así que la imaginación, el pensamiento, no distingue entre sexos en el sujeto creador y que finalmente termina siendo un argumento para descalificar a quienes sugerían que las mujeres no tenían las mismas capacidades de intelecto que los hombres.

Cuarenta y dos años después de que Virginia Woolf hiciera su *manifiesto*, la poeta y ensayista estadounidense Adrienne Rich en 1971 realizando una lectura al pasado y al presente de su época sobre la escritura de mujeres y la oportunidad que tienen para escribir y publicar, encuentra con molestia que si bien, las condiciones han mejorado en algunos aspectos, se mantiene un rezago frente a las posibilidades que tienen los hombres y que muchas de las mujeres que escriben lo hacen bajo la mirada aprobatoria de los críticos hombres, por lo mismo dedica un capítulo “Cuando las muertas despertamos: escribir como re-visión” a pensar sobre la escritura de las mujeres a partir de su propia experiencia siendo poeta, esposa, madre y ciudadana en la que propone que las mujeres deben encontrarse así mismas “a esa criatura absorta, laboriosa, preocupada y a veces inspirada que se sienta frente al escritorio tratando de juntar palabras” (Rich, 1983, p. 52).

La apuesta es por apartarse de las narraciones tradicionales que han hecho el grueso de los escritores sobre lo femenino y sus lecturas del mundo y para eso igual que Virginia Woolf o que cualquier escritor o escritora se necesita “tiempo para escribir, tiempo para pensar [...] el pacifismo, la deserción y la violencia, sobre la poesía y la sociedad y acerca de mi propia relación hacia todas estas cosas” (Rich, 1983, p. 58). Decía Adrienne, hay que reescribir ya que se conoce un poco más sobre la vida de las mujeres y leer las formas que tienen de interpretar el mundo y los acontecimientos (Rich, 1983). Por supuesto, ese nuevo espacio para escribir, para *renombrar* es una forma de sosegar la rabia que ella tenía contenida por tanto tiempo en el silencio, ahora con algo más de libertad también hay más medios para narrar desde la rigurosidad y la complejidad de nuestro entorno y nuestras vidas.

La protesta de Rich se da en Boston del año 1971, casi dos décadas después Nelly Richard en Santiago de Chile junto a otras escritoras feministas se reúnen para dialogar entorno a *La Literatura Femenina*. En el encuentro se reconoce el espacio logrado por las mujeres escritoras en el que Richard propone modificar, reformar y resignificar el canon literario, sin excluir las voces masculinas, su objetivo está en “modificar las fronterizaciones de géneros (en ambos sentidos de la palabra: literario y sexual) corriendo los prejuicios masculinos según los cuales la cultura oficial destina y reserva territorios compartimentados para cada sexo” (Richard, 1993, p. 136). En esta propuesta hay un punto de encuentro con Virginia Woolf cuando habla de la mente andrógina y con Cixous (1995) cuando dice que la escritura es asexual. El fundamento para Richard está en que hay una pulsión de la escritura y ésta sobrepasa cualquier escenario ya sea de género, político, social, etc. La cuestión entonces es eliminar la frontera del género que se ha considerado para la escritura y así independientemente de quien escriba genere “creativamente sentidos transformadores del universo simbólico establecido” (Eltit, 1990, como se citó en Richard, 1993).

De esta manera tanto la escritura como el canon serán más fructíferos y explosivos en el sentido en el que el lector encontrará un espectro mucho más amplio y rico en el cual movilizarse y del que se puede nutrir la literatura misma.

En síntesis, la importancia de la voz de Woolf, Rich y Richard en tres momentos cruciales del siglo XX radica en que sus tesis planteadas desde perspectivas contextuales diferentes, la primera desde su larga y reconocida trayectoria como escritora, la segunda desde su fragmentada experiencia para asumirse como poeta ante la dificultad de pasar por ser esposa, madre y después reconocer su homosexualidad en una sociedad condenatoria y la tercera en los vejámenes y cercos impuestos por la dictadura militar de su país, alzan la voz para manifestar su preocupación por el reconocimiento de la escritura femenina y porque tenga la misma importancia que la masculina; por eso mismo hacen referencia a la mente andrógina y a la escritura asexual. Esta última esfera, permite darle apertura al segundo planteamiento propuesto para este texto, *la dialéctica personal*, si es distinta para ambos géneros y si de ser así tiene influencia en sus escritos.

En *Una habitación propia* Woolf hace una breve mención a la primera guerra mundial y como “sin duda fue un duro golpe (sobre todo para las mujeres, con sus ilusiones sobre la educación y demás)” (Woolf, 1967, p.14). Ese pequeño apartado me hizo reflexionar que no siendo bastante con los impedimentos culturales propios de cada época, para las mujeres también estaba la guerra y sus consecuencias devastadoras, crueles y claramente dolorosas heredadas de una generación a otra. Ese nuevo interés permitió que me encontraré con Svetlana Aleksíevich y su libro *La guerra no tiene rostro de mujer* en él da cuenta, no solo de la escritura, el dolor y el lugar narrativo asignado para las mujeres, en un tema tan álgido como la guerra sino también de como unos y otros frente a un hecho aterrador cuentan las cosas de forma diferente. Lo anterior pareciera contradecir el concepto de escritura asexual pero no es así, me explico:

Dice Svetlana “siempre han sido hombres escribiendo sobre hombres, eso lo veo enseguida. Todo lo que sabemos de la guerra, lo sabemos por la «voz masculina». Todos somos prisioneros de las percepciones y sensaciones «masculinas». (Aleksiévich, 2015, p. 13). La guerra es uno de los múltiples escenarios -es el que he tomado como ejemplo- en los que se ha opacado la narrativa de las mujeres y en ese sentido ocultado también el sentir de las emociones frente a sus propias realidades sociales, históricas, personales, etc. Las grandes historias y la historia en general la conocemos a partir de lo que ellos han escrito, ellos tenían el poder de hacerlo y era su «voz masculina» la que imperaba. Así, ante la imposibilidad del acceso a la escritura para la mayoría de las mujeres, recurrieron al diálogo como elemento principal y voz narradora femenina. Fue en el diálogo donde las mujeres encontraron formas de cobijarse, otra forma de abrazarse ya fuera en la alegría o la desgracia. La literatura oral les proporcionaba un espacio para expresar sus sentires frente al acontecer de sus realidades. Era en la voz donde surgía el vínculo efectivo, solidario, la sororidad ³.

Entonces, “Los relatos de las mujeres son diferentes y hablan de otras cosas”. (Aleksiévich, 2015, p.14) ha de ser porque las enseñanzas para ambos géneros han sido distintas y la manera de presentarse, actuar y ser en una sociedad, en el habla y la escritura han distado de aspirar al equilibrio a cuenta de las mismas oportunidades. Entiendo que, para las mujeres, para nosotras, para mí, las inconformidades históricas son diferentes, el rechazo instituido durante siglos en diversas áreas no solo del conocimiento, sino a nivel social y familiar genera una herencia en el carácter y en la configuración emocional y la manera de relacionarse distinta a los hombres, el sentir del dolor no es igual y la manera como se manifiesta tampoco.

³ Sororidad: según la RAE (2014) “Amistad o afecto entre mujeres”.

Volviendo al punto de *la escritura* y en concordancia con lo anterior, no quiere decir que se niegue una escritura asexual, sino que esos condicionamientos culturales mencionados antes, nos han moldeado de tal manera que no permite a los unos ahondar en la visión y sentir de los otros y dejar que la multiplicidad de experiencias conforme una iluminación más amplia donde quepamos todos sin distinciones de género. Por lo mismo, quiero poner como ejemplo a Mark Twain, un escritor que se permitió acceder al universo femenino en uno de sus textos, *Diario de Adán, Diario de Eva*, y que tuvo a su vez la sensatez de tener una mirada progresista y considerar la libertad y agudeza del pensamiento femenino por medio de sus descripciones a Eva, haciendo una exaltación y reivindicando la figura de la mujer en la sociedad de su época.

Dice en uno de sus apartados en el que Adán habla de Eva “se queda muda de placer cada vez que encuentra una flor nueva, tiene que mirarla, acariciarla, olerla, hablarle y prodigarle toda clase de nombres cariñosos [...] por lo que sé, nada de ello tiene utilidad alguna” (Twain, 1996, p.51) El escritor destaca en el personaje mítico de la primera mujer, la sensibilidad para admirar y considerar la naturaleza como una compañera a la que cuida y acoge como semejante pues de ella hace parte. La representación ficcional de Twain es del año 1906. Esos sentimientos por la naturaleza, está vez desde voces reales, los revela en 1985 Svetlana Aleksiévitich cuando publica *La guerra no tiene rostro de mujer*, quien para escribir el libro recoge testimonios de mujeres que estuvieron en la II Guerra mundial, en éstos varias entrevistadas expresan una preocupación sobre las vivencias en las filas, con un sentido mucho más amplio que la narrativa de los hombres: “En esta guerra no solo sufren las personas, sino la tierra, los pájaros, los árboles. Todos los que habitan este planeta junto a nosotros.”. (Aleksiévich, 2015, p.14).

Tanto el texto de Twain como el de Aleksiévitich conecta dos de los elementos que he abordado, la escritura asexual y la dialéctica personal. El primero se explica en el texto de Mark Twain al

plantear un personaje como Eva y su percepción femenina del entorno, y Svetlana Aleksíevich con su escrito sobre la participación que tuvieron las mujeres en la guerra, un tema que pareciera ser exclusivo de los hombres. En las dos obras hay un contenido en común (no siendo el central de ambos libros) la naturaleza percibida de forma distinta por hombres y mujeres, esto último tiene que ver con lo que se dijo unos párrafos arriba a propósito de la herencia en el carácter y en la configuración emocional, en los que los condicionamientos culturales han moldeado estereotipos de género, entonces ¿las preguntas que se hacen las mujeres, así como las preocupaciones y la pulsión escritora por las diversas problemáticas son diferentes a las que plantean los hombres?

Quiero dar respuesta a esa pregunta mediante mi propia voz, a partir de mi texto *Nacimiento* y la voz de la escritora argentina María Teresa Andruetto, con quien tuve la oportunidad de tener una grata coincidencia, que por supuesto tiene que ver con este proyecto creativo y de investigación. La Tere, como le gusta que la llamen, escribe en el año 2013 una novela titulada *Lengua Madre* en la que Julieta la protagonista por medio de una correspondencia que le deja su madre muerta trata de hallar respuestas a su propia vida y a la de su familia fracturada por la dictadura militar. Yo, escribo desde hace algún tiempo relatos, en un intento por narrar algunas quejas a los modelos culturales, al abandono del Estado a ciertas regiones y la realidad en la que viven una gran parte de las mujeres; uno de esos relatos *Nacimiento* es el tercer capítulo de mi proyecto de grado. Pues bien, tanto la novela de Andruetto como mi relato coinciden en varios aspectos, los diálogos de los personajes con su conciencia, las cartas que reciben de sus madres y que las vinculan con un pasado del que quieren escapar, coinciden en los diálogos con sus antepasadas de tres generaciones, coinciden en el perdón que ruega la madre a la hija, y yo coincido con la protagonista de la novela de María Teresa en “saber si existe algo propio, femenino, en el modo de escribir de las mujeres” (Andruetto, 2013, p. 44).

Aclaro que antes de que yo escribiera *Nacimiento* no conocía la narrativa de la escritora argentina. Cuento todo esto para hacer referencia a la pregunta y a la primera idea que se planteó, en la cual yo afirmo que solo hay una escritura y que no pertenece al género de quien la escribe, aunque nos hayan enseñado que hombres y mujeres deben sentir de formas diferentes. Pues el rastreo hecho a esa primera intuición concluye con la respuesta a la pregunta que tuve oportunidad de hacerle a la propia María Teresa Andruetto, dentro de los encuentros virtuales programados por la editorial ecuatoriana El Ángel Editor y la agenda cultural del Gimnasio Moderno (2020) a propósito de la escritura de mujeres y que me respondió así:

“Yo creo que se escribe con todo lo que es, ahí entra la ideología, la procedencia social, el contexto literario del que uno está escribiendo, o utilizando la lengua. También ingresa de algún modo la experiencia de mujer, la condición de mujer y las cuestiones del cuerpo, lo corporal que aparece mucho en la narrativa de mujeres. Pero claro, esto es una cosa muy general porque en realidad la literatura, la calidad de un texto consiste en su singularidad, en su posibilidad de ser diferentes de otros.

Entre la escritura de escritoras mujeres hay unas diferencias enormes. Uno podría decir que la escritura de los hombres está más ligada al saber, a lo enciclopédico o a lo filosófico, pero cuando uno lee a Marguerite Yourcenar esa apreciación se cae porque su escritura tiene todas esas características o podríamos decir que la escritura de las mujeres está más atravesada por el cuerpo, por el erotismo de los humores corporales, pero cuando se lee a alguien como Andrés Rivera puede ver eso en un varón.

Lo interesante de la literatura es que escapa a todos esos encasillamientos. Si bien creo que hay en la escritura de las mujeres una predominancia de las cuestiones que tienen que ver

más con las mujeres como la maternidad, los cuerpos, el erotismo, esas cosas aparecen con más frecuencia, pero no son exclusivas, ni excluyentes”. (Andruetto, 2020)

La reflexión de María Teresa reafirma, recoge y sintetiza con agudeza un tema tan controvertido como vigente y relevante, *la voz narrativa y la dialéctica personal en la escritura femenina*, al que ya me he referido.

Finalmente, cierro este capítulo infiriendo que desde la Londres de 1929, la ciudad de Boston de 1971 y Santiago de Chile en 1987 se han reunido mujeres en congresos o encuentros para hablar de la escritura y a su vez para exigir derechos y un lugar justo en todos los escenarios (social, académico, político, etc.) en el que quepamos todas y todos. Otras mujeres lo han hecho por medio de su propia vida o su narrativa escrita u oral, a través de estos actos de resistencia se han logrado algunos reconocimientos que ahora poco a poco se han cosechado. Sin embargo, al hacer una observación más local, la realidad para las mujeres en Colombia dista en gran medida de las conquistas alcanzadas por las generaciones pasadas; aquí nos definen desde el lugar que se habite territorialmente (ruralidad, periferia de las ciudades, resguardos indígenas, población afrodescendiente) aún hoy, a pesar de haber logrado tanto, es ingenuo pensar que hemos alcanzado un bienestar permanente que incluya a toda la población sin distinciones y donde todas y todos tengamos acceso a los mismos derechos, más aún por un lastre que mencionó Woolf, Aleksiéovich y de alguna manera Richard y que en nuestro territorio ha imperado desde siempre: la guerra. Para nosotras, las posibilidades económicas, educativas y sociales están muy extraviadas, acá permanecen suspendidas como meras ideas. En nuestro territorio hay niñas y mujeres que viven actualmente en las mismas condiciones que las quejas y reclamos que plantearon las autoras mencionadas hace tantos años, peor aún, las hay quienes, en vez de tener un lápiz, un cuaderno y

un libro en la mano tienen un arma, o una cicatriz de la violencia. Así que desde este lado de la región estamos a casi un siglo de reclamar para todas las mujeres una *habitación propia*.

Nacimiento

Dice Hélène Cixous en su libro *La risa de la medusa* “Un texto femenino no puede no ser más que subversivo” (1995, p 61). Lo es porque expone un cansancio e inconformismo al que el patriarcado no está acostumbrado. Cada vez que una mujer escribe se va conformando una alianza, se va reafirmando una fuerza creadora que configura nuevos escenarios a partir del sentir propio y la observación de las realidades y el innegable pasado. El texto que leerán a continuación es una forma de resistencia, una manera de generar reflexión y oposición al modelo patriarcal y la cultura machista de nuestra sociedad colombiana. Es el resultado de años de diálogo personal, de soledad, lecturas y experiencias. De tomar la decisión de iniciar una búsqueda en las historias de las mujeres de mi familia y de la región donde nací, para tejer lazos en común sobre sus angustias, sensibilidades y ansias de procurar días mejores para ellas mismas y las niñas que van llegando al mundo. Es una respuesta rumiada durante mucho tiempo a las extrañezas que tuve desde la infancia y la incomprensión de ¿por qué había oficios diferentes para hombres y para mujeres? o ¿por qué nos vestían diferente? ¿por qué ellos jugaban con balones o carros y a mí me daban muñecas o vajillas? ¿por qué ellos podían leer mientras yo tenía que hacer oficio? Siempre tuve la intuición de que esas situaciones y prácticas que me incomodaban estaban erradas y que debía hallar la forma de rechazarlas. La vida confabuló para que encontrara respuestas en la escritura, en autoras y autores que me revelaron el camino para igual que ellas y ellos crear un nuevo universo con personajes que se convirtieran en la vía para visibilizar la lucha por transformar y equilibrar las impuestas prácticas tradicionales de género y así abrir espacios en los que se escuchen las voces de todas y todos, sin excepciones.

“...Entonces ocurre el miedo porque sí
y ya nada queda sino el abandono.
A la mañana siguiente, irresponsable y cotidiana,
amará de nuevo y sin pudor
a todos los fantasmas de la noche pasada”.

Encuentros con el enemigo de María Mercedes Carranza

Mientras terminaba de barrer el patio de la casa rodeado de flores sembradas en materas de tarros viejos, en la radio se oía *Alicia adorada*, esa sentida canción en la que Alicia Cantillo a punto de dar a luz muere esperando al padre de su hijo. Raquel meneaba la cabeza y el cuerpo al ritmo de la canción sin prestarle atención a la letra, dio tres pasos y quedó parada frente a la columna azul que tenía un espejo, dejó de lado la escoba y se hundió en su reflejo detallando el rostro, sus ojos tristes reflejaban el alma de aquellos que cargan con la duda y el desasosiego. Bajó la mirada y se encontró con los pechos abultados y la prominente barriga de embarazada, volvió a verse a los ojos y sintió miedo y rabia. Cerró los puños y apretó sus dientes fuertemente; le habían enseñado a no gritar, a guardar silencio, a no chistar, porque “Las mujeres deben ser un profundo mar de secretos”, qué frase más estúpida, pensó.

Continuó viéndose en el espejo y se perdió en el pensamiento, quiso negarse los días venideros apelando al vago oficio de la imaginación: se vio frente a una clase explicando la importancia del conocimiento y el valor de la historia, le puso nombre a los estudiantes y decoró todo el salón, se vio calificando tareas y preparando lecturas, eligiendo la ropa en la mañana para lucir ante sus estudiantes y compañeros, organizó las conversaciones con sus colegas, los grupos de debate, hasta designó profesiones a sus alumnos, estaba en la mejor parte de su espejismo cuando llamaron a la puerta. Volvió a sentir rabia, esta vez acompañada de tristeza, de nostalgia, de desazón. Caminó hasta la puerta, al abrirla estaban dos niños de unos seis años.

—Señora: ¿nos vende dos helados de mora? — Fue hasta la nevera y sacó los helados.

—Son cincuenta pesos — dijo Raquel.

Recibió las monedas, cerró la puerta, echó los pesos en el tarro de sus ahorros y volvió a barrer. Se detuvo de nuevo observando las paredes viejas, descoloridas y ajadas, miró los pisos con detenimiento, los tablados antiguos con algunos huecos, respiró profundo, con desilusión se dijo:

—qué casa tan fea, lo único que la hace decente son las flores, si no fuera por eso, esto sería el dormitorio frío del infierno, ahí estarían los que siempre llevan el alma triste, como yo, pero ¡qué cosas digo! Avemaría purísima, las cosas que me hace pensar el diablo—.

La casa estaba a unas cinco cuadras del parque principal de San Lorenzo, en otras épocas sirvió como matadero, pasó a ser un restaurante y después una chichería. Raquel se quejaba del aire denso que se respiraba, en algunos tiempos del año las moscas invadían las habitaciones y los patios, chocaban las unas con las otras y se escuchaba el desesperante zumbido, era necesario comprar veneno para intentar apaciguarlas. Aun en los días verdes, de sol luminoso y cielo azul, la casa permanecía con un ambiente turbio; por más que Raquel se esforzaba en mantenerla limpia no lo conseguía, todo el día caía una llovizna negra de hollín de la estufa de carbón de la casa y de las casas vecinas. Al medio día los pisos estaban otra vez en bruna, en las esquinas de los pasillos se hacían remolinos de tizne como si fuera nieve negra. Con decepción y un sentimiento de fracaso por ver en ruina su esfuerzo diario, suspiraba y decía que su vida era igual que esa llovizna oscura, que había crecido con mucho fuego intentando llegar muy alto pero que se iba deshaciendo en pequeñas partículas para terminar revoloteando silenciosamente en los zaguanes de una casa casi en despojos, habitada por espectros que creían estar vivos o al menos hacían lo posible por aparentarlo.

Era su séptimo mes de embarazo. No quería sentirse triste, pero lo estaba. Casi nunca salía de la casa, esperaba que cayera la tarde y llegara su esposo para servirle la comida, fregaba los trastos, organizaba lo del día siguiente y así cada semana, cada mes, cada sol... Este tipo de vida la afligía, no quería que su hijo o hija sintiera su tristeza, su desesperanza. Se acostaba horas y horas con la barriga abrazada y el pensamiento en los días en que recibía clases, en las ilusiones y los propósitos de tener una vida mejor.

Una de esas tardes la criatura en el vientre comenzó a patear con fuerza, mucho más de lo acostumbrado; asustada por los movimientos y buscando tranquilizarse se levantó y le habló. Habló en voz alta, le contó a su bebé, que estaba triste, que no era por él, o por ella, sino por los anhelos que no pudo alcanzar, por el esfuerzo que durante años hizo tratando de no caer en el modelo de la “mujer perfecta” que promulgan los pueblos y donde siempre acaban por obligarlas a ser “como Dios manda”. Pero no fue posible, no lo logró. Terminó convertida en lo que los demás la sentenciaron a vivir. Así inició sus diálogos inagotables. Fueron dos meses en los que en medio de sus largas conversaciones se decía — pobre de mi bebé, debe estar cansado con tanta quejadera, con tanta historia triste y con tan pocas sonrisas. No se afane, no todo es tan malo o al menos me voy a encargar de que no lo sea—.

Raquel no sabía si en su vientre crecía una mujer o un hombre, ni sabía que nombre le iba a poner. Había comprado ropa blanca tratando de seguir la norma para cuando naciera: rosado para las niñas y el azul para los niños. A pesar de los monólogos, que sin duda en algo le ayudaron, presentía un dolor que se acercaba como un animal sigiloso que trata de cazar a su presa. No era el dolor físico al que le temía sino a ese agujero negro que se hace en el estómago y en el corazón; ese dolor que no consigue calmarse con nada, ese que pesa tanto en los hombros que doblega las rodillas. Y ya no era el miedo por ella sino por la criatura, por él o ella, que no pidió venir a este

desquiciado remedo de vida. Su angustia estaba fundada en la responsabilidad de criar, de educar, de formar a una persona para que asuma ese monstruo cruel llamado sociedad, mundo.

— ¿Qué virtudes habrá de aprender? ¿Y si de verdad uno es malo por naturaleza? ¿Y qué tal que no sea capaz de enseñarle lo correcto? ¿Y si se descarría cuando se vaya de la casa? Como el hijo de Doña Magola, ¡Tanto esfuerzo de esa familia en educarlo para terminar en la cárcel por andar con gente mala de la política!, ¡Creo en Dios padre! Ya lo estoy acongojando con mis dudas y aún no ha visto la luz que regala el cielo—.

Se paraba otra vez frente a la columna azul con el espejo, miró su barriga en el reflejo y siguió:

—No crea tanto las cosas que digo, mijito. Seguramente cuando sumercé crezca entenderá mejor la vida que yo, y no se va a asustar tanto y sabrá qué hacer ante cada contratiempo, porque qué es la vida sino eso, un contratiempo, una aventura, un viajecito corto que nos da y nos quita, en fin... Es mejor esperar que el tiempo pase. O mejor caminar con él, porque lo cierto es que no se detiene. Ojalá que el cielo tenga la buena voluntad de que sumercé pueda ser una buena persona—. A pesar de su desánimo, sus miedos e inseguridades, conservaba algo de fe que le permitía mantenerse erguida y elegante. Esa fe, suponía ella, era la vida misma que crecía en su panza. Su altivez, su manera recatada y decorosa de hablar, su distinguida forma al caminar y su lozanía ocultaban perfectamente sus pensamientos y sentimientos de esos días.

Por su parte, Antonio, -su esposo- sí notaba un aura de tristeza en Raquel. Reparaba en ella desde algún tiempo atrás cierta nostalgia y su respiración la sentía un poco ausente, como un alma que va y viene sin luz alguna. Sentía su desconsuelo, sus miradas perdidas, sus silencios prolongados y su desgano para sonreír. Él la conoció con mucha ilusión en los ojos, con cierta viveza que no

había en las otras mujeres, con un humor auténtico, un carácter leve, muy atractivo y una determinación inquebrantable.

En ocasiones Raquel repasaba en su mente como se conocieron, en unas fiestas de San Pedro, ella sucumbió ante el encanto de las melodías que él cantaba, la magnífica forma en que interpretaba la guitarra, las historias que narraba acerca de sus viajes y la promesa de salir de San Lorenzo para acompañarse y, esta vez, hacer los viajes juntos. Después del matrimonio los viajes nunca se dieron, las melodías dejaron de escucharse, no hubo más historias y la guitarra permaneció todo el tiempo colgada en una puntilla del cuarto donde se fueron a vivir. Dejaron de existir las palabras de cariño, la luminosidad, la dicha; los dos se convirtieron en dos personas totalmente distintas a los que se encontraron con los ojos en ese San Pedro. Raquel reconocía que también había cambiado, su frustración al no continuar con sus estudios le dio un vuelco total, se convirtió en una mujer amarga, con un hálito de añoranza, como si estuviese en un paréntesis constante. Las conversaciones con su madre Eva o su esposo se resumían en respuestas de monosílabas y gestos de negación o aceptación.

Antonio, acostumbrado a la forma de vivir que había elegido, o más bien, acomodado a lo que tradicionalmente le enseñaron qué era la familia, en un principio no prestaba mucha atención a las distancias de Raquel, pero esta vez era distinto. Por eso tomó la determinación de hacer algo por ella, por los dos; (por los tres). Quiso empezar una conversación, pero su inseguridad era muy grande, tenía casi como única manera de decirle lo que pensaba mediante la misma forma en que se habían conocido. Así que tomó su guitarra, la desempolvó, la afinó y empezó a hilar unos acordes, quería acertar en la canción que le cantaría, debía ser alguna canción alegre, alguna canción que la hiciera sonreír y que también le dijera lo valioso, grato y hermoso que estaban construyendo. Él lo pensaba, lo sentía, pero no tenía el valor de decírselo y también le costaba

demostrarlo. —Voy a cantarle un bolero, pero esas canciones están cargadas de melancolía; quizás un tango, pero tampoco, la cosa va más bien por el lado del merengue, habrá de ponerse contenta; mejor un vallenato, de pronto alguna canción que bailamos—. Como en los días del deseo, en que le llevaba serenatas, se decidió por una canción de Rafael Escalona.

Ella estaba en la cocina pelando unas papas para la sopa y él llegó con su melodía: “Voy hacerte una casa en el aire tan solamente pa’ que vivas tú, después le pongo un letrero muy grande de nubes blancas que diga *Raquel*”.

Ella sintió una chispa calientita que le bajó desde la punta del pelo hasta el final de la espalda. Se le anegaron los ojos en lágrimas. Agachó la cabeza para que él no la viera. Al terminar de cantar, Antonio le dijo, —Raquelita, no quiero que esté más triste. Dígame qué puedo hacer para verla sonreír, para que vuelva esa luz bonita que cargaba en los ojos. Yo sé que me he equivocado en muchas cosas, pero estamos a tiempo ¿no? Aún es posible remediar los errores—.

Raquel no sabía qué decir. Estaba entre la alegría de la canción y la sarta de reclamos que tenía por hacerle, pero no tenía ganas de discutir, por eso terminó diciendo, —Cánteme otra canción. Parece que al niño le gusta que le cante, mire como se puso de alegre—. Tomó la mano de Antonio y la puso en su vientre.

Sin pensarlo, Antonio empezó a cantar cada madrugada, hasta hacerlo rutina, despertaba con melodías a Raquel y a su hijo, o hija. Esa forma distinta de empezar el día contagió al vecindario; la puntualidad con la que iniciaba las serenatas matutinas era tal que los vecinos ya acostumbrados a la precisión, cinco en punto de la mañana, estaban pendientes de la hora para escuchar el primer acorde que Antonio entonaba. Éste era acompañado del canto de los gallos, las luces que comenzaban a prenderse en las casas vecinas y el olor a café que salía de la cocina mientras él

terminaba la primera canción. Las mañanas a partir de esas canciones fueron diferentes, no sólo para Raquel sino para el vecindario que siempre estaba a la expectativa de la canción matinal.

Los diálogos entre Raquel y Antonio fueron llegando poco a poco, aun así, ella no dejó sus monólogos, ni reflexiones ahora acompañadas de la lectura de los cuadernos que guardaba de sus días de estudiante. Claro está, en algo las rutinas habían cambiado, cada mañana Raquel abría los ojos con el cantar de Antonio y de los pájaros; esperaba que él terminara la primera canción, se dirigía a la cocina, hacía fuego en la estufa de carbón, preparaba el tinto y prendía la radio para escuchar las noticias. Sin embargo, durante el último mes de embarazo evitaba oír las, no sólo porque prefería escuchar las canciones de Antonio sino porque los noticiarios eran devastadores. En las emisoras no paraban de hablar sobre sucesos trágicos. El final de la década los años ochenta y el inicio de los noventa, era un relato cruel y amargo que parecía no tener fin. Así que cuando su madre le pedía que pusiera las noticias, ella se negaba diciendo:

— No madre, yo no quiero saber que este es el país en el que va a nacer mi niño. Cada día solo hablan de muertos, de carros bomba, de personas de la política que matan. Vea mamá: el presidente de este país iba a ser Luís Carlos Galán y lo mataron, igual que a Gaitán. Hace ya un tiempo que están con eso de las drogas, dicen que esa gente tiene tanta plata que no les queda tiempo para contarla entonces la echan en costales y la pesan. Yo creo que cuanto más pesan plata menos les pesa la conciencia. Es que tienen el país en ascuas, la gente no puede salir ni llegar tranquila a sus casas—. Raquel continuaba como si estuviera dando un reporte del acontecer diario del país.

—¡No ve mamá que los niños como mi hijo no han nacido y ya tienen miedo!, ¡No ve mamá que vamos como la cola de las vacas!, ¡No ve mamá que afuera ya no se sabe si estamos en el mundo de los vivos o de los muertos! —.

Doña Eva, con molestia, le contestaba. —Pues no veo ¿No ve usted que soy ciega? Por eso le pido que ponga la radio—.

Raquel le replicaba diciendo —¡Ay, mamá! el *¡No ve!* es un decir. No se ponga brava y más bien demos gracias a Dios que en este pueblo no pasan esas cosas, acá todavía las personas dormimos con algo de tranquilidad—.

—Eso sí es cierto—. Contestaba doña Eva. — Por acá no se escuchan esas cosas tan feas que pasan por la ciudad. Pero es importante que las personas se enteren, al fin y al cabo, querámoslo o no nacimos acá en este país al que no le gusta vivir en paz. Acuérdesse lo que contaba su papá cuando pasó todo eso de los cachiporros y los chulavitas ¡Cuánta sangre no regaron por todo el campo! Y así se quedó y ahora lo mismo. Imposible que no haya un momento en que esa gente tan mala no se canse de acabar con tanta vida, con tanto inocente—.

—No hablemos más de eso mamá. Es que ya me dio miedo y como se acerca el parto no quieroirme hecha un manajo de nervios, por qué no me cuenta más bien alguna historia de cuando sumercé era pequeña, ya sabe mamá que me gusta escucharla mientras hago el oficio—, decía Raquel.

— Yo no tengo historias bonitas para contarle, esa época fue muy dura hija, lo bonito era el paisaje, las cosechas, el campo, porque si pienso en la gente era muy atrevida, peleaban por todo y se mataban por nada ¿yo no sé...? eso es como si nacieran con el mal en el corazón. Ya le he contado porque no volví a la escuela y por eso no aprendí a leer y a escribir, «luego cómo va a ser» que ese viernes cuando salimos de la escuela, me acuerdo que había un aguacero tremendo, por eso nos metimos debajo del ramal hasta que escampara, y el majadero del Serafín llamó a Pedrito, lo llamó con engaños — ven que te voy a regalar algo—, El Pedrito se acercó asustado porque

todos le tenían miedo al Serafín, es que era muy maldadoso, le gustaba pelear y era más grande que nosotros. El cuento es, que el tal Serafín de un momento a otro sacó un revólver y le disparó en la cabeza a Pedrito. Recuerdo que una masa blanca con sangre escurrió por la cerca de piedra en la que estábamos recargados, yo salí corriendo del susto tan terrible. Cuando llegué a la casa le dije a mis papás que no iría nunca más a la escuela y como necesitaban manos que ayudaran en la finca tampoco insistieron en que volviera.

—¡ayyyy mamá! Parece que hoy no es el día para contar historias o será más bien que ¿no tenemos cosas bonitas para contar? Mejor me voy a leer un rato — Raquel entró en su habitación, abrió un baúl grande en el que conservaba sus cuadernos y libros de colegio y empezó a leer, se le había convertido casi en un ritual, todos los días repasaba las notas escritas y releía los pocos libros que tenía. En uno de esos cuadernos guardaba con especial recelo dos papeles a los que se les notaba ajados por el tiempo, a pesar de guardarlos con tanto cuidado como si fueran un tesoro. No se sentía capaz de volver a lo que estaba allí escrito, no sabía cómo interpretarlo, sentía que esas frases eran un peso en su vida, la prolongación del dolor a través de generaciones, pero también que eran un refugio. Así que los tomaba en la mano, se hundía en sus pensamientos, y después de un rato volvía a guardarlos con cariño y a la vez con temor. Esa noche se quedó dormida junto a doña Eva.

Temprano como de costumbre, sonó una canción en la voz de Antonio, recordaba la primera melodía que le dedicó a la que ahora era su esposa. *Es un amor que nació profundo, limpio como se ve la nevada... si no me miras el propio cielo siente mi pena y se entristece.* Era la mañana del 28 de marzo de 1991. Raquel se despertó, se organizó y le dijo a su mamá y a Antonio —Yo presiento que el día es hoy, ya me cuesta dar pasos y a ratos me da mucha fatiga. Esta mañana

cantaron más temprano los pájaros y lo hicieron de forma más alegre. Yo creo que eso es un anuncio de la llegada de esta vida—.

Raquel acomodó la maleta para ir donde la partera, Rosa se llamaba, su casa quedaba frente al parque, al lado de la iglesia, una casona antigua de dos pisos que fue testigo de los nacimientos de una buena parte de los lorenzanos. Doña Eva le echó la bendición. Antes de salir de la casa Raquel no pudo evitar las lecturas acostumbradas, esta vez se acercó al baúl con la certeza de encontrar en los papeles que guardaba con tanto esmero la determinación necesaria para asumir el nacimiento de su hijo y el destino que implacable se presentaba, ya había peleado consigo misma lo suficiente, era el momento de darse una tregua y reencontrarse con los días que tanto daño le habían hecho pero que ahora le servirían como vehículo para abrazar la vida con menos fragilidad. Sacó de un libro el primer papel, grueso y de una textura un poco rústica; con temblor en las manos lo desdobló; diciendo —ahora estoy segura, estas palabras me darán el valor— y empezó a leer:

San Lorenzo, 17 de febrero de 1970.

Para Eva mi hija quien ahora saldrá a encontrarse con el mundo.

Lo primero que quiero pedirle es que me perdone por haber perseguido el gozo sin pensar que al hacerlo me dejarían sin apellido y sin plata para ofrecerle mejores oportunidades. Sus abuelos no quisieron aceptar que yo me casara con un campesino, para ellos fue una vergüenza, no tuve más remedio que venirme para el campo y el poco estudio que tuve no sirvió de nada pues mi propia familia se encargó de cerrarme todas las puertas, a veces pienso que ellos tenían la razón.

Yo sé que usted no sabe leer por el episodio tan horrible que le tocó presenciar, pero le escribo esta carta para que de cuando en cuando alguien se la lea. Perdóneme por no haber sido la mamá que merecía, por no insistir en su estudio y haberla puesto a trabajar tan niña.

No puedo darle instrucciones para la vida porque ésta no las tiene y solo viviendo es que se aprende. No puedo darle consejos porque todo lo que pude haberle dicho se lo enseñé con mis actos, cada día, mientras estuvimos juntas. Quiero, eso sí, pedirle un par de cosas: usted sabe todo el dolor y las humillaciones que debemos soportar por eso le pido que busque siempre la manera de sonreír y de estar alegre, de ser feliz, porque estas tierras siempre han sido tristes y es necesario oponerse a la tristeza y tratar de inventar la dicha y permanecer en ella. Segundo, por favor tenga una voluntad firme, no se someta a la de otros porque entonces no será su vida sino un remedo de lo que otro quiere que usted sea.

La acompañarán siempre mis oraciones y el deseo de que pueda tener una vida tranquila porque yo no se la pude dar por eso insisto en que me perdone.

Se lleva mi corazón y mi profundo afecto.

Ana Altagracia.

—Mi abuelita Ana siempre lo decía “amor por dentro y rigor por fuera” —. Guardó la hoja y desdobló la otra, con un suspiro dijo en voz alta —está carta es más difícil de leer, es la que me mandó escribir mi mamá con la profesora Graciela para mi matrimonio, fue el mejor regalo, todavía recuerdo mi sorpresa. Raquel puso los ojos en la carta y leyó:

San Lorenzo, 25 de diciembre de 1989

Mija, Raquelita:

Espero que su vida sea bonita y esté llena de alegrías, que no se equivoque como yo lo hice. Ni siquiera puedo escribirle esta carta porque como ya le he contado muchas veces no logré volver a la escuela y Dios quiso quitarme la vista, siendo usted tan pequeña: ¡yo no sé por qué!

Siga luchando por terminar sus estudios y sea una mujer siempre decente. De todas las cosas que me dijo mi mamá la única que pude hacer fue la de tener voluntad, pero al quedar ciega ya no me sirvió de nada. Mire a ver si usted puede hacer todo lo que ella me dijo y cosas mejores. Yo no tengo como pagarle que cuide de mí desde que quedé ciega, seguramente sus hijos recibirán todas las bendiciones por su sacrificio y el buen corazón que tiene.

Solo le puedo brindar mis oídos para escucharla ya que no pude ayudarle de otro modo. Esto usted no lo sabe, nunca se lo conté porque me da tristeza recordarlo ¡tantos planes que tenía para usted y ninguno se pudo hacer!

Yo le iba a celebrar sus quince años, ¿se acuerda de los lechones que estaban tan bonitos para esos días? ¿de los manteles que compré, la chicha de ojo que estaba batiendo, las flores tan bonitas que sembré prevenidamente para que florecieran en esa fecha, la tela rosadita tan bonita? Era para su vestido. Tantas cosas que alisté que ya no me acuerdo; pues Raquelita era para celebrarle su cumpleaños, sus quince años, pero no se pudo, porque justamente veinte días antes me dio ese dolor de cabeza y después no pude ver más. Yo no le había contado esto porque me duele mucho, me da tristeza, siendo usted la única hija y no hacerle un agasajo. Pero, bueno, ya la vida le tendrá mejores cosas. Siga siendo esa mujer tan generosa, bondadosa y de buen corazón que es.

Sea muy contenta en la nueva vida que empieza con Antonio.

Le abrazo el corazón y en él la vida. La quiero mucho Raquelita.

Eva Panqueva

—Mi mamá es una santa— pensó Raquel con los ojos llenos de lágrimas. Dobló la carta, levantó los ojos, sonrió, se puso de pie con ímpetu y decisión, abrazó a doña Eva le pidió otra vez la bendición y salió de la casa. Caminó despacio, observando cada casa, cada vecino que se encontraba, cruzó el parque y comenzó a tararear una canción, *como Dios en la tierra no tiene amigos, como no tiene amigos anda en el aire...* Era jueves, faltaban algunos días para empezar la Semana Santa, un grupo de señoras caminaban hacía la iglesia para hacer la decoración, al verla le dijeron —te va a ir bien Raquelita, nosotras rezaremos por ti— ella dio las gracias mientras entraba a la casa de Doña Rosa, la partera, quien le daba la bienvenida.

A las 8:30 de la noche Raquel recibió en sus brazos a la compañera que durante los últimos meses escuchó sus reflexiones, sus miedos, sus nuevas ilusiones y las canciones de su padre. “Isabel. Así se va a llamar”, dijo. Ella tranquilita vino a la vida y al rato se quedó dormida plácidamente en el pecho de Raquel.

La mañana siguiente Raquel se asomó por el balcón, un gran sol iluminaba las calles de San Lorenzo, observó a un grupo de niños que jugaban un partido de fútbol en el parque con un balón hecho para la ocasión de la manera más improvisada: un pedazo de costal, un trapo viejo y una cabuya que sirvieron para simular la redondez de la pelota. Había en ellos un hálito de inocencia que les permitía una sonrisa espontánea y una alegría genuina; sin percatarse de las miradas puestas en ellos iniciaron el “campeonato”. Niños y niñas seguían con la mirada el pequeño cuadrilátero chuecamente trazado, los arcos eran dos sillas desvencijadas que pidieron prestadas en alguna tienda, puestas en cada extremo de la cancha.

Los pequeños jugadores se abandonaron a la fascinación de la pelota, los malabares y graciosas jugadas de quienes abrieron el encuentro llenaron la mañana de júbilo. Raquel atisbó el espectáculo, sonrió y sintió un calorcito en el pecho, en el corazón. Fue ahí, en ese momento, con Isabel en sus brazos, con lágrimas en su cara y libre del peso en la espalda que impone la tristeza -y que había cargado por tanto tiempo-, con el vientre dolorido como señal de resistencia, de rebeldía y de amor; que comprendió sus desasosiegos, sus melancolías repetidas, sus dolores y desengaños. Ya no dolía, ya no había rencor, ya no había sombras, todo estaba claro. La vasta montaña de San Lorenzo se inundó de euforia, adrenalina, sonrisas y gratitud. Tanto como si fuera una leve epifanía y una corta suspensión en el tiempo; ahora con el espíritu tranquilo y sin pesares contempló a Isabel y halló en ella justicia, voluntad, esperanza y fe. Ahora estaban juntas y ella sería más fuerte, era el momento de encontrarse con el mundo y ser feliz.

Puso a la niña en la cama, se secó las lágrimas, le pidió a Doña Rosa papel y esfero y se sentó a escribir. Afuera, aun se escuchaba la algarabía y los gritos de los ganadores del torneo.

Fin.

Epílogo

Por fortuna existe el lenguaje y el código alfabético que permite expresar y dar a conocer múltiples universos reales o imaginarios; por fortuna yo medianamente lo conozco y pude hacer mi propio ejercicio narrativo y analítico. Este texto manifestó en su relato y ensayo una queja a las grandes diferencias históricas que hemos vivido por generaciones hombres y mujeres, pero más allá dio cuenta de esa búsqueda y apropiación; rigurosa y concienzuda por desentrañar en el pensamiento y la escritura una manera de habitar y contribuir a la parte de Historia que me ha tocado en suerte.

Quise escribir como proyecto de investigación un relato protagonizado por mujeres y un ensayo que hablara sobre sus procesos históricos en la escritura, los derechos y posibilidades que poco a poco hemos ido logrando. Hice uso de la palabra y de un narrador para esencialmente revelar una historia y una voz, la voz de ellas que durante generaciones se mantuvo marginada y sin chance de enseñarnos su universo. Esas voces, igual que las de Zambrano, Woolf, Rich, Richard, Aleksiéovich y tantas otras, revelan un cansancio por las costumbres conservadoras patriarcales, la herencia que se ha impuesto y que nos obligaba a permanecer en silencio. Pensará el lector que no hay nada nuevo en lo que se dijo aquí y que a lo mejor es una historia y ensayo más, sin embargo, hay, lo considero así, un elemento potente tanto en la narración como en este texto y es que ahora después de generaciones de mujeres analfabetas y sumidas en la vida familiar exista la posibilidad de que una mujer campesina reciba un título profesional y lo más impertinente para la tradición: en humanidades.

Siempre he considerado que tengo una deuda histórica con las mujeres que me han formado, con las de mi familia, con mis profesoras, con las escritoras, con todas las que de uno u otro modo me he encontrado en la vida, todas desde sus quehaceres y saberes insisten en procurar mejores sociedades, por lo mismo también siento una responsabilidad con las generaciones de mujeres

pequeñas para las que escribo y trabajo por ofrecerles un encuentro con el mundo más digno. A las primeras aspiro haberlas honrado con este breve gesto de investigación y narración.

Por otro lado y ya para terminar, es definitivo seguir escribiendo desde la crítica y la investigación, hombres y mujeres desde nuestras singularidades, entendiendo que en general somos una pluralidad de voces, entornos y palabras que es preciso abandonar las hegemonías a fin de reacomodar tantos dolores históricos, especialmente los de la guerra a ver si así logramos *abrazarnos el corazón y en él la vida.*

Referencias

- Aleksiévich, S. (2015). *La Guerra no tiene rostro de mujer*. Traducción: Yulia Dobrovolskaia y Zahara García. Penguin Random House. Bogotá.
- Andruetto, M. (2018). *Hacia una literatura sin adjetivos*. Bogotá, Colombia. Luna Libros.
- Andruetto, M. (2013). *Lengua madre*. Buenos Aires, Argentina. Mondadori.
- Andruetto, M. (2020). Conversaciones con María Teresa Andruetto/Entrevistada por Federico Díaz-Granados. Xavier Oquendo. Encuentros virtuales de la Editorial El Ángel Editor y la agenda cultural del Gimnasio Moderno. Recuperado de: <https://www.facebook.com/ElAngelEditor/videos/657984555142747/>
- Aristóteles. (1975). *Metafísica*. Ciudad de México, México. Editorial Porrúa.S.A
- Blanchot, M. (2002). *El espacio literario*. Madrid, España. Editora Nacional.
- Camus, A. (1985). *El mito de Sísifo*. Madrid, España. Alianza editorial.
- Carranza, M. (2010). *Poesía Completa María Mercedes Carranza*. Bogotá, Colombia. Biblioteca Sibila Fundación BBVA
- Cixous, H. (1995). *La risa de la Medusa*. Ensayos sobre la escritura. Antrophos. Madrid:Comunidad de Madrid. Consejería de Educación. Dirección General de la mujer. Editorial de la Universodad de Puerto Rico. San Juan de Puerto Rico. Recuperado de: <https://kolectivoporoto.cl/wp-content/uploads/2015/11/Cixous-Helene-La-Risa-de-La-Medusa.-Ensayos-sobre-la-escritura.pdf>

Duras, M. (1993). *Escribir*. Ciudad de México, México. Editions Gallimart.

Jaramillo, D. (2013) *Del amor, del olvido*. Bogotá. Colombia. Luna Libros

Lyon, T. (1972). Borges y el narrador (casi) personal y (casi) omnisciente. *Revista Chilena de Literatura* N° 5-6. P. 59 - 71. Recuperado de: <file:///C:/Users/Usuario/Downloads/41845-1-145901-1-10-20160623.pdf>

Pamuk, O. (2007) *La maleta de mi padre*. Barcelona, España. Editorial Mondadori

Rich, A. (1983). *Sobre mentiras, secretos y silencios*. Icaria. Barcelona. Recuperado de:

<https://we.riseup.net/assets/323939/%28Icaria%29+Adrienne+RichSobre+mentiras%2C+>

Richard, N. (1994). ¿Tiene sexo la escritura? *Revista debate feminista*; Vol. 9. Centro de

investigaciones y estudios de género (CIEG) de la Universidad Autónoma de México.

<https://www.jstor.org/stable/42624218.secretos+y+silenciosBarcelona+%281983%29.pdf>

Sánchez, A. (1895). *España y América: estudios históricos y literarios*. Impresos y Litografía del

Asilo de Huérfanos del Sagrado Corazón de Jesús. Recuperado en:

http://bdigital.unal.edu.co/6883/178/sor_juana_ines_de_la_cruz.pdf

Szyborska, W. (1996). Discurso de Wislawa Szyborska al recoger el Premio Nobel de

Literatura de 1996. Consultado 24/03/2020 [https://www.ersilias.com/discurso-de-](https://www.ersilias.com/discurso-de-wislawa-szyborska-al-recoger-el-premio-nobel-de-literatura-de-1996/)

[wislawa-szyborska-al-recoger-el-premio-nobel-de-literatura-de-1996/](https://www.ersilias.com/discurso-de-wislawa-szyborska-al-recoger-el-premio-nobel-de-literatura-de-1996/)

Todorov, T. O, Ducrot. (1976). *Diccionario Enciclopédico de las ciencias del lenguaje*. Buenos

Recuperado en: [https://www.academia.edu/25049599/TODOROV_Y_DUCROT_Dicciona](https://www.academia.edu/25049599/TODOROV_Y_DUCROT_Diccionario_encyclopedico_de_las_ciencias_del_lenguaje)

[rio_encyclopedico_de_las_ciencias_del_lenguaje](https://www.academia.edu/25049599/TODOROV_Y_DUCROT_Diccionario_encyclopedico_de_las_ciencias_del_lenguaje) 28/08/2020

Twain, M. (1996). *Diario de Adán y diario de Eva*. Trama Editorial. Recuperado de:

https://books.google.com.co/books/about/Diario_de_Ad%C3%A1n_y_Eva.html?id=6Y4l8VORnqIC&printsec=frontcover&source=kp_read_button&redir_esc=y#v=onepage&q=flor&f=false

Real academia española: *diccionario de la lengua española*, versión 23.3 en línea. Recuperado en: <https://dle.rae.es>. 29/09/2020.

Woolf, V. (1967). *Una Habitación propia*. Seix Barral Biblioteca Formentor. Barcelona. (Original publicado en 1929). Recuperado de: <http://biblio3.url.edu.gt/Libros/wilde/habitacion.pdf>

Zambrano, M. *Hacia un saber sobre el alma*. Recuperado de

<https://www.culturamas.es/2016/08/28/maria-zambrano-por-que-se-escribe/> 28/08/2020

Zambrano, M. (1939). *Niezsche o la soledad enamorada*. Morelia. Revista de cultura popular, tomo III, n°16. Universidad Michoacana.